



«EL ARTE DE LA COMEDIA»

## El poder de los actores

**Autor:** E. de Filippo. **Dirección, escenografía e iluminación:** C. Alfaro. **Vestuario:** M. Araujo. **Reparto:** E. Benavent, P. Casablanc, J. L. Alcobendas, M. Marín, L. Otón, J. Barranco, J. Hinojosa... **Teatro de La Abadía.** Madrid.

«El arte de la comedia» podría titularse «Arte viejo de hacer comedias». No porque sea canon denada, como el «arte nuevo» de Lope de Vega, sino por el retrato de un oficio antiguo que el sabio Eduardo de Filippo, autor (de «Filomena Marturano», entre otras obras), pero antes cómico de la legua, traza con delicadeza y humor. También con melancolía, aunque ésta aparezca esbozada en un enredo pirandelliano y divertido, por más que Campese, el director de la compañía que protagoniza el texto, trasunto del propio De Filippo, se empeñe en negar al autor de los siete personajes «en busca de».

### Dos obras diferentes

Dos obras en una, este «Arte de la comedia» es, en su primer tramo, un pulso sabroso entre dos estereotipos —el cómico y el político, léase el arte y el poder— que le sirven al autor napolitano para diagnosticar cuestiones coyunturales de la salud del teatro. Y sorprende ver cómo la radiografía de 1964 sirve para 2010: la dificultad para definir las subvenciones, los problemas con las redes teatrales, la consideración del actor por la sociedad... Más allá del detalle, De Filippo entra en la gran cuestión: la esencia de una profesión que pide consideración y que él consideraba artesanal y sin pretensiones. Esa dignidad lleva al có-



Joaquín Hinojosa, José Luis Alcobendas y Pedro Casablanc, en la obra

mico —un entrañable y redondo Enric Benavent—, cuya carpa ha ardidido, a visitar al nuevo gobernador de una capital de provincia—enorme también Pedro Casablanc, sobresaliente dentro de un reparto de altura—para solicitar un favor que éste le negará. Campese rechaza su limosna y anuncia revancha: mandará a sus actores al despacho disfrazados de las fuerzas vivas del pueblo para complicarle la vida al funcionario.

La segunda parte—la vendetta, ¿o no?, nunca sabremos si es real en esta posible imitación a la vida—es más divertida, menos disquisitiva pero más viva que la primera. Por el despacho del gobernador, y ante

«Alfaro logra una puesta en escena desvencijada y hermosa que remite a la Italia de posguerra»

su desesperación y la de su secretario-cancerbero, al que da vida con acierto José Luis Alcobendas, desfilará una galería de personajes, desde un párroco empeñado en salvar al pueblo de un escándalo (divertido y muy entonado Joaquín Hinojosa) hasta un divertidísimo y angustiado médico (soberbio Jesús

Barranco) que aspira a ver reconocida su entrega. Puro teatro es lo que escribió De Filippo, y así lo interpreta el veterano Carlos Alfaro, con una puesta en escena hermosa y desvencijada que remite a la Italia que cicatrizaba las heridas de la guerra. Con momentos de comunión teatral, como el monólogo de Benavent bajo la nieve, Alfaro opta por la sencillez de un realismo cómico fiel a De Filippo, pero más enriquecido que la propuesta de Campese. Es un acierto de La Abadía y un deleite cargado de teatro se mire por donde se mire.

Miguel AYANZ

Uno de los ensayos de la obra *El arte de la comedia*.

## TEATRO

# La ficción verdadera

**EL ARTE DE LA COMEDIA**

Autor: Eduardo de Filippo.

Traducción: Ana Isabel Fernández Valbuena. Intérpretes: Enric Benavent, Pedro Casablanc. Luz, escenografía y dirección: Carles Alfaro. Teatro de La Abadía. Hasta el 21 de marzo.

JAVIER VALLEJO, Madrid

¡Menuda pieza ésta de Eduardo de Filippo! El arte de la comedia es su testamento ideológico: un mecanismo de relojería que activado por manos como éstas de La Abadía produce explosiones en cadena. En su disposición primera, el autor napolitano lega su manera de entender el oficio. "Cuantas veces", dice por boca del *capocomico* Oreste Campese, su *alter ego*, "pegándome el bigote de Macbeth me lo pongo torcido aposta, porque en el teatro la verdad suprema ha sido y será siempre la ficción suprema. Lo

verdadero, el público lo busca en el cine".

Como Oreste, cuya madre rompió aguas mientras interpretaba la muerte de Gertrudis en *Hamlet*, De Filippo se crió sobre las tablas: a los cuatro años hizo de japonés en *La Geisha*, de Eduardo Scarpetta. Al cumplir los 27, formó compañía con sus hermanos Peppino y Titina: era actor y autor a la vez. A base de someter sus textos a prueba y error, llegó a dominar el oficio. Sus comedias están en franca revalorización porque contienen una verdad social traída de primera mano.

En *El arte de la comedia* (1963), De Filippo reivindica para el teatro un apoyo institucional diferente: prefiere el gesto a la subvención, la cultura popular de compañías de repertorio como la suya, a la tutelada. Cuarenta años después, sus obras nos llegan a través de compañías públicas o

semipúblicas como la de La Abadía, que parece que llevara toda la vida representándolas: sus intérpretes la hacen tan en serio como un drama, con efectos absolutamente cómicos.

El primer acto es una entrevista en posición desigual: Oreste (Enric Benavent) habla con el gober-

## El autor juega con las cartas boca arriba y cumple lo prometido

nador De Caro (Pedro Casablanc), recién nombrado, para convencerle sin éxito de que asista a una función. Al salir, se lleva por error su hoja de visitas y le amenaza con sacar ventaja de eso: sus cómicos se harán pasar por ellas. De

Filippo juega con las cartas boca arriba, nos anticipa lo que sucederá y cumple lo prometido en un segundo acto desternillante, cuando empiezan a llamar a la puerta el médico local, luego el cura, el farmacéutico y así sucesivamente, cada uno con una petición más disparatada que el anterior, hasta que el despacho del gobernador se convierte en el camarote de los hermanos Marx, al cuadrado.

El montaje de Carles Alfaro, minucioso en extremo, hiperrealista casi, tiene espesor, clima, un ritmo trepidante y una interpretación sembrada. Casablanc imprime a su gobernador esa arrogancia vestida de afabilidad del poderoso sin tiempo que perder. Después, le vemos cargarse de razón como una pila de zinc, a cada momento más atónito y más obsesionado con dilucidar si sus visitantes son auténticos o impostados. Enric Benavent es su contrapunto

redondo: humano, discretísimo, vehemente y convencido cuando le toca. Divertidísimos el secretario displicente de José Luis Alcobendas y el guarda muerto de curiosidad de Markos Marín. Jesús Barranco borda con prosa y ademán arrebatados el relato desternillante del médico falto de reconocimiento. El párroco desaliñado y desgarrado de Joaquín Hinojosa está al borde de la farsa y de colmar la paciencia de su anfitrión.

El relato laberíntico de la maestra (Lola Manzano), contrapunteado por Cipriano Lodosa y Palmira Ferrer con intervenciones desopilantes, de un lirismo eficazmente fuera de lugar, y las entradas a saco del farmacéutico (Diego Galeano) y del sacristán (Óscar de la Fuente) son pura tragedia grotesca. Sobre este *crescendo* final, el oscuro cae como una guillotina.

# AGENDA

CRÍTICA > TEATRO

## El actor y el gobernador de los Abruzos

### 'EL ARTE DE LA COMEDIA'

**Autor:** Eduardo de Filippo. **Compañía:** Teatro de la Abadía. **Director:** Carles Alfaro. **Intérpretes:** Enric Benavent, Markos Marín, Luis Moreno, Lidia Otón, Pedro Casablanc, José Luis Alcobendas, Jesús Barranco, Joaquín Hinojosa, Lola Manzano, Ernesto Arias, María Miguel, Diego Galeano, Óscar de la Fuente. **Lugar y fecha:** Teatro Gayarre, 27/03/10. **Público:** Rozando el lleno.

POR PEDRO ZABALZA

**P**ROPONE el Gayarre para celebrar el Día del Teatro una obra que habla sobre, precisamente, el teatro. Sobre el teatro y la vida, que es de lo que siempre habla el teatro: de la vida. Vida y teatro son dos entidades unidas de modo indisoluble, hasta el punto de que, a veces, no se puede distinguir una del otro. Se cuenta en el programa de mano que Eduardo de Filippo, el autor de *El arte de la comedia*, interpretó en el estreno de su obra al protagonista, un actor que mantiene una larga charla sobre teatro (sobre qué si no) con el gobernador de una provincia italiana. La función provocó un gran escándalo, y De Filippo estuvo a punto de ser denunciado por injurias al Estado. Todo se arregló tras una conversación del autor con el gobernador de Nápoles: asombroso juego de espejos entre lo que pasa a un lado y al otro de la cuarta pared, en el que se diluyen los límites entre la vida y su representación.

Tan asombroso como constatar que la conversación que De Filippo muestra entre un actor y un gobernante de la Italia de hace cuarenta y tantos años se refleja en nuestra realidad cotidiana en otro juego especular casi premonitorio: la desconsideración hacia la profesión interpretativa, el desprecio del poder hacia el artista, la idea de que el teatro es sólo entretenimiento y no una vía para conocer la vida; menos todavía una actividad productiva. En el texto de De Filippo, el actor y director Oreste Campese lanza una amenaza al gobernador: puede que sus actores sustituyan al resto de las visitas que el político va a tener ese día, de modo que éste no sepa distinguir si sus historias son o no reales. El teatro irrumpe en la vida y toma el control por la fuerza de las palabras.

Todo esto me recuerda a Pirandello una barbaridad. Es curioso, porque el propio De Filippo hace que su personaje lo niegue: "No serán seis personajes en busca de autor", dice Campese, "sino seis actores en busca de autoridad". Precisamente por eso, por esa intromisión de la realidad en la ficción, por esa especie de *excusatio non petita*, me acuerdo todavía más de Pirandello y su afición por la dualidad, por enfrentar la verdad y su copia.

Esta versión del Teatro de la Abadía exprime esta dualidad hasta en las interpretaciones, viradas hacia una expresividad italiana, por decirlo de algún modo. Hay una sutil diferencia entre el tono de Enric Benavent (Campese) o Pedro Casablanc (el gobernador De Caro), de un naturalismo impecable, y el que emplean los personajes que desfilan por el despacho gubernamental, con un punto de búsqueda vehemencia, como la marca de agua que vista al trasluz permite identificar al actor tras su personaje. En conjunto, este *El arte de la comedia* hace honor a su título, ofreciendo un maravilloso trabajo interpretativo, en el que destacan, aparte de los mencionados Benavent y Casablanc, el neurasténico doctor Basseti que interpreta Jesús Barranco; el cura exaltado, un poco al modo de Guareschi, que hace el siempre excelente Joaquín Hinojosa; o la frágil maestra Petrella (Lola Manzano), un personaje que parece él mismo un homenaje a Pirandello, que, por su padecimiento por no poder distinguir lo que es real de lo que no, parecería sacado de *Así es si así os parece* o de alguna otra de las obras del genial siciliano.